

MISCELÁNEA

SOBRE EL AUTOR DE LA LLAMADA HISTORIA SILENSE

Quiero agradecer a Fray Justo Pérez de Úrbel su aceptación de muchas de mis ideas sobre la formación del pueblo de Castilla — mi gratitud sería mayor si no hubiera silenciado el origen de las mismas — en su reciente biografía novelada de Fernán González — novelada y en pugna : a las veces con las fuentes narrativas y a las veces también con los diplomas — adornada por las frecuentes citas del poema con que un monje de Silos cantó en el siglo XIII al primer conde de Castilla y embellecida por el genio poético que anima y sacude a este nuevo cantor silense del héroe castellano, a mi admirado amigo y colega. Quiero agradecerle su benévola acogida de mis ideas con la rectificación — toda científica observación implica una colaboración efectiva — de una de sus afirmaciones. No de las muy importantes que ya rectificué en su día — lástima que Fray Justo no se haya decidido a recoger mis observaciones ; se habría evitado incurrir en los mismos errores que en su *Historia del condado de Castilla* — sino de otra no grave que he sorprendido en su bello y poético relato. Me refiero a su tesis sobre la condición de monje de Silos del autor de la que suele llamarse *Historia Silense*.

La muerte sorprendió a su autor sin haber podido terminar su obra. Poseemos, por tanto, una parte de la crónica que pensó trazar en elogio del rey Alfonso VI, de quien era devoto admirador. Tomó el asunto desde muy lejos, y puede decirse que sólo conocemos el prólogo de una historia que no llegó a escribirse. Empieza la obra en la época goda y alcanza hasta las discordias civiles que siguieron a la muerte de Fernando I. Trata, pues, de los orígenes de la Reconquista y de los reinos de Asturias y León ¹, por ello me interesó en su día estudiarla.

Ignoramos quién fué su autor. Sólo sabemos de él, por confesión propia, que en su florida juventud, siendo monje en la *domus seminis*,

¹ *Historia Silense*. Edición preparada por Francisco Santos Coco, Madrid, 1921.

decidió escribir las hazañas del rey Alfonso VI ². Para aclarar el enigma que se oculta tras esas palabras, *domus Seminis*, pues no se conoce en tierras cristianas ningún monasterio de tal nombre, se han ideado desde antiguo multitud de hipótesis, ninguna convincente. Las últimas sostenidas en los postreros tiempos dejan todavía en pie el problema.

Cirot ³ cree que el autor debió profesar en un monasterio llamado *domus Simeonis* o *Xemenis*, pero la transmisión manuscrita de la crónica no autoriza la corrección que apunta. Coco ⁴, sin esforzarse mucho en la prueba, juzga la crónica obra de un monje de Silos, como opinaron Risco y Flórez. Gómez Moreno ⁵ busca la *domus Seminis* en tierra de mozárabes. El silencio que los documentos cristianos guardan acerca de ella, junto con los detalles que el autor de la llamada Historia Silense conoce sobre la vida del alguacil de Coimbra, Sisnando, respecto a la estancia de Alfonso VI en Toledo antes de su conquista, y acerca de las costumbres y psicología de Almanzor, éstos llegados a su noticia por relato paterno, bastan a Gómez Moreno para situar la *domus seminis* en la España islamita. Es posible que acierte el insigne arqueólogo pero no cabe desconocer que su argumentación no es demasiado sólida. Quien trató personalmente a la infanta doña Urraca, por ella pudo alcanzar la misérrima información que poseía sobre la vida de Alfonso en la ciudad que había de ganar años después por fuerza de armas. Los pormenores acerca de Almanzor debían ser harto notorios en tierras norteñas, pues sus victorias hubieron de dejar huella imperecedera en la conciencia de los cristianos del septentrión de España; éstos habían figurado en gran proporción en los ejércitos del caudillo agareno y uno de ellos pudo ser abuelo del autor de la Seudo Silense, sin haber sido por ello de familia mozárabe. Y por último, consta que el alguacil Sisnando, uno de los hombres más conocidos e influyentes de su tiempo en la Península,

² El cronista escribe de sí mismo: « Ego itaque ab ipso iuvenili flore colla pro Christi iugo subnectens, apud cenobium quod domus Seminis nuncupatur habitum monachalem suscepi. Ubi diversis sententiis sanctorum patrum catholicorum, Regum sacris indicentibus libris, mecum ipse diu spaciando revolvens, statui res gestas domini Adefonsi orthodoxi Yspani imperatoris vitamque eiusdem carptim perscribere: primo quia ipsius nobiliora facta memoria digna videntur; secundo quia vitam fragili iam tempore toto vite suo curriculo, pre omnibus regibus ecclesiam Christi catholice gubernantibus celeberrimus videtur ». Ed. Santos Coco, p. 7.

³ *La Chronique Leonnaise et la Chronique dite de Silos: Bull. Hisp.*, 1914. II, 15-34.

⁴ *Historia Silense*, Madrid, 1921, VIII-IX.

⁵ *Introducción a la Historia Silense*, Madrid, 1921, 22-26.

frecuentó la corte y las tierras de Asturias y León; y allí pudo tratarle el incógnito autor de la crónica ⁶.

Alcocer ⁷, monje de Silos, ha defendido en fecha más reciente el origen silense de la obra en estudio y aunque ha deshecho algunos de los argumentos que alegaban los adversarios de la vieja hipótesis y ha aducido algunos indicios favorables a ella, si ha logrado probar que el cronista pudo ser monje de Silos no ha conseguido demostrar que lo fuera. Si llama *bellatrix* a Castilla y habla de la « Cohors tamen fortissimorum militum de Castella », para Alcocer palabras salidas sin duda de la pluma de un monje castellano, también escribe: « Pampilonensium fortissimorum militum copiis », de donde podría deducirse, siguiendo su argumento, que se trataba de un clérigo navarro ⁸.

Blázquez, volviendo parcialmente a la remotísima opinión de Pellicer, sostiene que la compilación fué obra del obispo de León don Pedro, monje en el monasterio leonés de San Adrián, donde era abad un tal Petrus Ximenez o Scemeniz ¹⁰; y cree que la parte de aquélla comprendida entre Bermudo el Gotoso y la muerte de Fernando I, se debe a la pluma del alguacil de Coimbra, Sisnando. Ningún argumento digno de consideración apoya la atribución de la crónica al alguacil conimbricense, que del estado laico convierte Blázquez sin razón en prelado, para identificarle con un obispo Sisnando de hacia 1028 — largo pontificado hubo de ser el de éste si vivió; como el alguacil, hasta el año 1091 — y

⁶ En 1075 asistió en Oviedo a una sesión del regio tribunal en la que se juzgó un litigio entre el conde Vela Ovequiz y el obispo ovetense (E. S. XXXVIII, 3-11). Menéndez Pidal en su *España del Cid* le presenta en diversas ocasiones en León, en Oviedo, en Zaragoza y en otros sitios distintos, 134, 145, 212, 258, 300, 305 ...

⁷ *La Domus Seminis del Silense. Revista Histórica. Segunda Época* n° V, 1-16, y n° VI, 49-59, Valladolid, 1925.

⁸ Ed. S. Coko, págs. 64, 9 y 65. El calificativo de *bellatrix*, aplicado a Castilla al describir el reparto de Sancho el Mayor entre sus hijos, no basta tampoco a demostrar que fuera castellano el autor de la crónica como quiere Alcocer. El cronista muestra con él su preferencia por Castilla, en relación a Navarra y a Aragón, porque aquélla era al cabo parte del reino de su héroe y las otras, tierras extrañas para él. Más entusiastas son las palabras que dedica a Castilla el autor de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* y se trata sin duda de un leonés. En las discordias entre castellanos y leoneses, vencedores éstos, con los dos Alfonsos, naturalmente era más hondo el rencor en los vencidos.

⁹ *Estudios de Historia y Crítica medioeval. Aparte de la Ciudad de Dios, Escorial, 1925, 4-12.*

¹⁰ De haber sido el cronista monje en dicha casa la hubiera llamado « domus petris » pero no « domus xemenis ».

para trazar así su genealogía a su albedrío ¹¹. Y si el mismo Blázquez confiesa que la citada parte de la crónica no pudo ser trazada por el obispo leonés, don Pedro, nosotros creemos que tampoco las otras porciones de aquella fueron obra del mismo. Ciertamente, como dice Gómez Moreno, contra Flórez, que de las frases del autor de la *Historia Silense* no se deduce que la escribiera siendo monje sino que decidió hacerla cuando vivía en el cenobio y así no hay inconveniente en admitir que fuera ya obispo de León al componerla, mas otras razones se oponen a identificar al cronista y al prelado. Fue dable a aquél escribir su obra muchos años después de haber concebido en la soledad de la *domus seminis* la idea de narrar las gestas del rey Alfonso VI, más era preciso que el monarca hubiese realizado ya hechos notables para que el ánimo del monje al conocerlos en la paz de su claustro, se hubiera embargado de entusiasmo y hubiese decidido relatarlos. Ahora bien ¿qué hazas de Alfonso anteriores a las conquistas de Coria y de Toledo pudieron suscitar tal propósito? Y si el cronista era monje en la *domus Seminis* si no más tarde, a lo menos hacia los años de 1079 a 1085 y se hallaba a la sazón en su florida juventud ¹² y don Pedro fue obispo de León en 1088, habrá de concederse o que el monje ocupó la sede siendo un mozo o que el monje y el prelado son dos personajes diferentes. Y esto debe creerse por cuanto el cronista, según ha demostrado Gómez Moreno

¹¹ Me es una vez más en extremo ingrato contradecir a mi gran amigo Blázquez de grata memoria, mas es forzoso declarar que nada autoriza a convertir en obispo de Oporto al Alguacil Sisnando, magnate laico según el repetido testimonio de crónicas y documentos. Y deshecha esta confusión ¿qué queda en pie de la hipótesis de Blázquez? Porque ella se basaba en tal identificación y en la del obispo de Oporto con otro prelado Sisnando — aparece en diplomas de 1028 — que Blázquez supone hijo y nieto de los rebeldes conde Alhani y duque Menéndez. Claro que a su vez todas estas conjeturas últimas carecen asimismo de pruebas. Por lo demás, siempre resultaría gratuito el segregarse de la *Historia Silense* las páginas señaladas arriba y atribuírselas a Sisnando. Como en el caso del Albeldense que también divide a su gusto y aún más que allí, ha debido Blázquez advertir la total identidad de estilo entre las porciones de la crónica que él quiere separar. Las mismas construcciones, el mismo vocabulario, los mismos plagios de Eginardo y de Salustio se hallan en ellas. Y no puede atribuirse esta identidad a los retoques del cronista sobre el texto del obispo Sisnando, pues esa comunidad de estilo y de métodos no se extiende a aquellos fragmentos de su obra en que copia las de Alfonso III; su anónimo continuador y Sampiro; se refiere sólo al resto de su *Historia* que es forzoso por tanto juzgar salida de su misma y única pluma.

¹² Blázquez admite todo esto y lo alega para negar que un monje de hacia 1085 pudiese saber por su padre detalles de la vida de Almanzor. En cambio no se asombra de que el cronista saltase en su florida juventud del cenobio a la cátedra episcopal.

escribía, al parecer, después de 1118 y el obispo había fallecido ya seis años antes¹³.

Hay algo sin embargo, en las opiniones de Cirot, de Blázquez y de Gómez Moreno que merecé mi aserto: el leonesismo del cronista. Pese a todos los aciertos de detalle de Alcocer¹⁴, el examen imparcial de la crónica — un monje de Silos no puede realizarlo libre de prejuicios — deja una impresión contraria a sus afirmaciones. Se advierte en ella como una graduación de simpatías y de interés en relación a los países cristianos de que habla. El autor muestra máxima enemistad al hablar en la crónica de Francia; se ha explicado muchas veces esa saña como reacción contra las orgullosas hipóboles de la historiografía y de la épica francesas sobre las conquistas de Carlomagno en España. Su hostilidad se vuelve después contra Navarra. Aunque a veces le arranca elogios el valor de García o de sus tropas¹⁵, como por devoción a Urraca y al mismo rey Fernando — después excelente monarca de León, que en León vivió y murió, y allí se hizo enterrar — frenaba sus sentimientos hostiles frente a este debelador del legítimo soberano leonés¹⁷, descarga contra « el feroz García » y los navarros el rencor que desborda su ánimo por la muerte del joven rey Bermudo III¹⁸. Castilla merece del cronista sólo dos veces frases de elogio, parejas de las dedicadas a Navarra; pero ningún detalle de simpatía o de especial conocimiento de la tierra castellana se descubre en su obra. Ni un recuerdo dedica al asesinato del joven conde García Sánchez que había causado gran dolor en Castilla. En la batalla de Atapuerca, donde lucharon Fernando y García, el su-

¹³ No hay discrepancias entre los eruditos acerca de estas fechas que me parecen bien fundadas.

¹⁴ Tiene razón Alcocer al decir, contra Gómez Moreno, que el *hanc* aplicado a la iglesia de S. Isidoro no puede interpretarse en el sentido de que allí moraba el autor de la crónica, porque éste usa también igual palabra refiriéndose a la catedral leonesa de Santa María. Y la tiene asimismo al indicar como el *hujuscemodi* usada en la *Historia Silense* en diferentes ocasiones no tiene en ella el significado que quiere atribuírsela.

¹⁵ Véase Ed. S. Coco, 16.

¹⁶ Aparte de la frase citada arriba véase lo que escribe del rey García (Ed. S. Coco, 70) « *Confidebat namque Garcias in viribus suis; eo quod tunc temporis, excepto regio imperio, pre omnibus militibus insignis miles habebatur. Siquidem in omni bello strenui militis et boni imperatoris officia simul peragere assueverat* ».

¹⁷ Si canta incluso sus virtudes y victorias no calla sus debilidades. Refiere por el ejemplo las mutuas asechanzas que él y su hermano García se tendieron en Nájera y la prisión de éste en Cea por orden de Fernando, movido por la ira. (Ed. S. Coco, 69).

¹⁸ Ed. S. Coco, 67-70.

puesto monje castellano atribuye a los caballeros leoneses la victoria ¹⁹. Mientras no se escapa de su pluma una palabra sobre al rey don Sancho de Castilla y calla sus triunfos de Llantada y Golpejar, se limita a decir que fué muerto con *dolo* — con engaño; llama al matador caballero de gran audacia, *magne audacia milite* ²⁰; describe con fruición la desbandada de los castellanos a la muerte de su rey ²¹ y traza el más entusiasta panegírico de Urraca, instigadora de aquel crimen ²².

Por el contrario la simpatía del cronista por el leonés Bermudo III es innegable. Es su elogio — elogio de un vencido, que nada hizo, de quien nada se espera, a quien nada se debe y que había muerto hacía casi un siglo — el más sentido y sincero de la crónica ²³. Le persigue su recuerdo incluso al describir la lucha en Atapuerca ²⁴ y sabe — extraño saber en un monje de Silos — hasta el nombre del caballo que montaba Bermudo en Tamarón cuando fue vencido por el rey de Castilla ²⁵.

El cronista aparece informado al pormenor de diversos sucesos acaecidos en León o en tierras leonesas: de los funerales de García, el gallego, con asistencia del cardenal Reniero ²⁶; del convite servido por los reyes al consagrar la iglesia de San Isidoro, en 1063 ²⁷; de la visita del rey Fernando al monasterio de Sahagún ²⁸; de la muerte piadosa de este príncipe en León ²⁹... y de algunos de estos hechos podríamos creerle informado por cualquier testigo presencial. Conoce también con exactitud las fechas puntuales de muchos acontecimientos ocurridos en tierras leonesas: el año, el mes y el día de la coronación de Fernando I en Santa María de León ³⁰, el día, el mes y el año en que fue consagrada la igle-

¹⁹ Ed. S. Coco, 70-71.

²⁰ Ed. S. Coco, 9.

²¹ Ed. S. Coco, 9.

²² Ed. S. Coco, 10.

²³ Ed. S. Coco, 66.

²⁴ Ed. S. Coco, 70.

²⁵ Ed. S. Coco, 67. « cum Veremudus acer et imperterritus primo Pelagiolum insignem equum suum calcaribus urget ».

²⁶ Ed. S. Coco, 11: « Cuius funeri ambe sorores Urraca scilicet et Geluira, more regio occurrentes, Rainerio Romane ecclesie legato, qui postea effectus papa, tunc forte sinodale concilium Legionem regebat, cum Bernardo Toletano archiepiscopo aliisque comprovincialibus episcopis et abbatibus pro anima eius salutarem hostiam Deo offerentibus, corpus in eadem urbe cum patribus suis sepulture tradiderunt ».

²⁷ Ed. S. Coco, 86.

²⁸ Ed. S. Coco, 88.

²⁹ Ed. S. Coco, 89-96.

³⁰ Ed. S. Coco, 67.

sia de San Isidoro en la misma ciudad, en presencia del mismo soberano³¹; el día y la hora precisos en que murió tal príncipe, después de recibir penitencia en dicho templo...³² Las construcciones de templos en León³³, los traslados de reliquias de santos a iglesias leonesas³⁴, las curias regias celebradas allí³⁵, la venganza tomada por Fernando I de la muerte del rey leonés Alfonso V³⁶, los nombres de algunos obispos de León y de Astorga — Servando, Alvito, Ordoño...³⁷ — merecen del cronista atención que no alcanzan de él los sucesos ocurridos en templos, ciudades y monasterios castellanos, ni tampoco uno sólo de los varones religiosos de Castilla.

Gómez Moreno ha probado además, sin dejar lugar a dudas, que vivió en León y que en León escribió. Cabría suponer, ello no obstante, que había sido antes monje en Silos si pudiéramos cohonestar tal conjetura con su propia confesión de haber sentido el deseo de escribir la historia de Alfonso en su dorada juventud mientras vivía en la *domus Seminis* y con su desconocimiento de la geografía castellana. El mismo Alcocer, último defensor de la patria silense de la crónica, ha demostrado que en Silos había un crudo ambiente de hostilidad al soberano de León. Nos ha llegado un eco de tal enemiga³⁸. Habría que suponer en el futuro cronista un movimiento de extraña reacción — inexplicable — contra aquel ambiente de la comunidad a que pertenecía para admitir que, alzándose contra el sentimiento de sus hermanos y aun de Santo Domingo — Alcocer atribuye al santo las palabras hostiles para Alfonso a que antes he aludido — hubiese concebido la idea de escribir la historia del monarca a quien los frailes de Silos gratificaran con una clara saña.

Un monje silense trasplantado a León habría guardado además alguna

³¹ Ed. S. Coco, 86.

³² Ed. S. Coco, 91.

³³ Ed. S. Coco, 85-86.

³⁴ Dedicaba buena parte de su obra a narrar el traslado del cuerpo de San Isidoro desde Sevilla a León (Ed. S. Coco, 80-87); el supuesto monje de Silos nada dice, en cambio, del que se supone realizado por Fernando I de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, en tierras de Castilla, desde Ávila a San Pedro de Arlanza.

³⁵ Ed. S. Coco, 77, 81, 86 y 87.

³⁶ Ed. S. Coco, 73.

³⁷ Ed. S. Coco, 67, 81-85, 95-98.

³⁸ La apostilla atribuida a Santo Domingo. Aparece en un espacio en blanco que dejó el iluminador del *Liber Comicus*. Fue publicada por Berganza: *Antigüedades de España*, I, 426-427 y la ha sido de nuevo por Menéndez Pidal: *La España del Cid*, 1947, II, 709.

simpatía y algún interés hacia las cosas de Castilla, y algún conocimiento de la tierra castellana. ¿Habrá un monje de Silos escrito de Fernando I que « salvadas en rapidísima marcha las cimas del monte de Oña, como hambriento león cuando ve presentarse la turba de ganados en rasa campiña, así el rey hispano invade ansioso los predios morunos » y levanta su campamento frente a Talamanca? ³⁹ Cualquiera que fuese su patria, quien quiera que hubiese habitado en Castilla no habría colocado a los montes de Oña en la divisoria de las dos mesetas.

Pero sí me parece más que dudoso que la *domus Seminis* en la cual el autor de la llamada Historia Silense concibió la idea de historiar el reinado de Alfonso VI fuese el *Monasterium Exiliense*, creo que debemos renunciar por ahora a su identificación. He probado que el anónimo e incógnito cronista conoció dos muy viejas tradiciones árabes sobre la conquista de España por los musulmanes, una enlazada con el relato de Ahmad al-Rāzī y otra con el de ʿĪsā ben Muḥammad Abū-l Muḥayir — tal vez las dos recogidas en la obra perdida del primero ⁴⁰. Pero ese conocimiento no nos fuerza a admitir la tesis de Gómez Moreno sobre la mozarabía de la misteriosa *domus Seminis*. Porque después de la toma de Toledo, en 1085, fue grande el caudal de libros arábigos que pudieron conocer los estudiosos cristianos ⁴¹ y fueron muy frecuentes los contactos de los mismos con los mozarabes toledanos que tenían el árabe como lengua propia ⁴². Y se oponen en cambio a la estirpe mozarábiga del autor, cuya patria estudiamos, varios y múltiples obstáculos que no es fácil obviar.

Fue el supuesto monje de Silos muy buen conocedor no sólo de la historiografía hispano-gótica ⁴³ sino de la asturleonese — dispuso de la Crónica de Alfonso III y de la llamada Albeldense en sus redacciones

³⁹ Trad. Gómez Moreno CXXV-CXXVI.

⁴⁰ *En torno a los orígenes del feudalismo. II. Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*, 288-292.

⁴¹ De ese conocimiento hubo de surgir la difusión por Occidente de noticias sobre la riqueza bibliográfica en lengua árabe acumulada en Toledo; noticia que motivó la venida a ella de estudiosos de diversos países para hacerse traducir obras filosóficas o científicas.

⁴² Textos legales y diplomáticos acreditan la convivencia en Toledo de los nuevos pobladores cristianos, llegados a ella después de 1085, con la población mozarabe que en ella habitaba de antiguo. Sobre la arabización cultural de éstos véase: González Palencia: *Documentos mozarabes de Toledo*, ts. I-IV. Madrid 1927-1931.

⁴³ Véanse Santos Coco, *Historia Silense*, XXXIII-IV y Gómez Moreno, *Introducción a la Historia Silense*, IX-X.

primitivas ⁴⁴, del cronicón que he llamado Anónimo continuador de Alfonso III ⁴⁵ y del texto más puro de Sampiro ⁴⁶ — y conoció y siguió a Eginardo y a Salustio ⁴⁷. Pudo leer y aprovechar todo este caudal de obras en León, pero ¿no sorprende que un monje que hubiera vivido largos años en un cenobio perdido en tierras mozárabes llegara a sentir tamaña devoción sobre todo por los historiadores romano y carolingio ahora citados? Ella rima mucho mejor con el encuadre de la llamada Historia Silense en el renacimiento románico. Su autor fue un literato con pujos de filósofo que escribió en el latín renaciente importado a España por los monjes de Cluny y no sólo tuvo léxico abundante, movimiento de construcción, rotundidad de frase sino que mantuvo cierta elevación de esloilo y gustó de esmaltar su texto con frases poéticas, algunas de origen virgiliano. Gómez Moreno ⁴⁸ que registra estas observaciones tiene a la crónica por escrita en letra francesa y no en letra mozárabe. Y por si estas circunstancias no fueran bastantes para dudar de la mozarabía de nuestro autor, cabe añadir para afianzar esa duda, su torpeza en la reproducción de los nombres árabes que no copió de sus fuentes y escribió por su cuenta ⁴⁹.

Un monje de estirpe mozárabe difícilmente habría sentido tan viva antipatía a Francia, tan viva simpatía hacia lo leonés y tanta emoción ante el recuerdo del último vástago de la regia dinastía legionense; el joven rey Bermudo III, como sentía el autor de la Pseudo-Silense. Si es increíble que un monje de Silos se mostrase torturado por la memoria del joven soberano caído en Tamarón en 1037, cuando escribió su crónica, después de 1118 ⁵⁰, no es menos inexplicable esa devoción en el monje de un cenobio mozárabe, incorporado tardíamente a un reino en que desde hacía muchas, muchas décadas reinaban los hijos del que había vencido a Bermudo III. El cronista declara: « al describir la muerte de tan gran rey cuando considero su excelente gobierno, soy siempre

⁴⁴ GÓMEZ MORENO, *Introducción*, X y MENÉNDEZ PIDAL, *El rey Rodrigo en la literatura*, 33-39.

⁴⁵ Véase mi estudio sobre ese cronicón en *Spiritus*, Mendoza, 1942.

⁴⁶ Fray JUSTO PÉREZ DE ÚRBEL, *Sampiro. Su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, Madrid, 1952, 233 y ss.

⁴⁷ GÓMEZ MORENO, *Introducción*, XXVII y ss.

⁴⁸ *Introducción a la Historia Silense*, VI, XVIII, XXVI y XXXIX.

⁴⁹ GÓMEZ MORENO, *Introducción*, XXXIX.

⁵⁰ GÓMEZ MORENO, *Introducción*, XXI. Yo me inclino a creer que bastante después; pero quede el tema para otra ocasión.

embargado por el dolor »⁵¹. Elogia su brevísimo e inocuo reinado y escribe: « No es dudoso que Bermudo sacado de este mundo fuese piedra llevada para armar el edificio de la Jerusalén celestial »⁵². Cuenta con angustia su heroísmo en la batalla de Tamarón, montado en su *insigne* caballo Pelayuelo, y su caída en ella mientras peleaba con los ejércitos reunidos de Castilla y Navarra⁵³. Y se complace en narrar cómo los caballeros leoneses de la parentela de Bermudo le vengaron en Atapuerca; logrando atravesar a galope las filas enemigas y dando muerte al feroz García⁵⁴.

Su devoción por el joven rey de insignificante y pálido recuerdo — murió a los veinte años — no sólo acentúa la estirpe leonesa del cronista, permite sospechar alguna íntima vinculación de su familia con el llorado príncipe. ¿Fue su padre o fue su abuelo un fiel servidor de Bermudo que luchó en Tamarón y cayó en la batalla o que con la muerte del joven soberano perdió su situación en el palacio o en la corte? No me parece muy aventurado suponerlo.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

⁵¹ « Michi vero mortem tanti regis scribenti, dum nobile eius sceptrum considero, dolor utcumque occurrit ». Ed. S. Coco, 66.

⁵² « Unde non dubium est Veremudum hoc mundo abstractum, lapidem ad celestis Jherusalem cumulandam struem fuisse ». Ed. S. Coco, 66.

⁵³ Ed. S. Coco, 66-67.

⁵⁴ « Qui nimirum milites ex cognatione vel familia Veremudi regis plerumque existentes...communem sibi sanguinem vindicare singulariter anhelabant. Mane itaque facto, cum primo Titan emergeretur undis... res geritur. Cohors tandem fortissimorum militum, quos paulo tetigi, laxis habenis desuper incursantes, por medias acies secando omnem impetum crispatis hastis in Garsiam regem inferunt, atque confossum, exanimem in terram de equo precipitant ». Ed. S. Coco, 70-71.